



La culpa de los adultos

Los actos de violencia de los adolescentes contra sus maestras y profesores se han convertido en la noticia diaria. No se sabe si por falta de temas o porque todo lo que atañe a los jóvenes es de primordial importancia, aunque sean actos deplorables, la realidad es que lo que hacen los jóvenes son noticias que ocupan mucho espacio. Cuando la televisión nos muestra los detalles de estos hechos, no podemos menos que recordar los años en los que éramos alumnos y teníamos maestros muchas horas al día.



Los profesores no eran para los alumnos de entonces, personas como todas, eran los profesores, los que simbolizaban el saber, la autoridad, alguien a quien hablábamos con sobriedad en las palabras, la posición correcta, el gesto mesurado. Ellos no nos tuteaban, para ellos éramos la señorita... y el señor... El día de fin de curso nos permitíamos alguna sonrisa y una conversación más distendida. Los profesores no faltaban nunca y nosotros tampoco.

¿Qué ha pasado? ¿En qué momento de estas últimas décadas los jóvenes que siempre fueron segundones en la escala social, pasan a ser estrellas? ¿Habrán tenido que ver los Beatles? ¿o la popularidad de los jeans? Por esa década del sesenta, tan importante en acontecimientos mundiales, puede rastrearse el ascenso de la juventud en el ranking de los personajes de la sociedad. La psicología tuvo mucho que ver también. Sigmund Freud fue el padre de la culpabilidad esencial de todos los padres. Y los padres y las madres fueron acusados de tener la culpa si el adolescente no estudiaba, o si estudiaba demasiado y no tenía otras expansiones, fueron acusados de sobreprotegerlos o de no dar suficiente cariño, fueron culpados de ser severos y también de ser permisivos. Las madres y los padres dejaron de aplicar la conducta que sus padres habían tenido con ellos porque temían ser acusados en su conciencia primero y por el psicólogo después de no ser buenos padres. Para evitar la culpa prendieron la luz verde: todo está permitido. Se retiraron de la escena y renunciaron a ser padres. Una madre dice en televisión hablando de su hija adolescente: somos muy amigas. Un padre dice hablando de su hijo varón: somos muy compañeros. Ninguno de estos adultos se atreve a decir que es padre o madre y que como tal pone límites. No lo dicen porque no lo hacen y porque no quieren que quienes los escuchan los crean antiguos, fuera de onda. Tienen miedo, a sus hijos primero y a la sociedad después. También tienen miedo de ellos mismos. No ser joven se vive con vergüenza. La música o el ruido que se hace pasar por música es para los jóvenes, la moda se diseña para los jóvenes y nadie quiere dejar de ser joven. Una persona famosa se envanece en un reportaje diciendo que lo leen los jóvenes, que lo admiran los jóvenes, porque el poder joven es todopoderoso, mueve millones de dólares y genera otro tanto. Por eso se lo venera. Los políticos se dirigen a los jóvenes y el cine y todos los medios de difusión los muestran en los avisos de cigarrillos, autos, bebidas y mujeres.

Los adolescentes saben que ellos son dueños del mundo, y como no conocen todavía quienes son ni adónde van ni saben nada porque no han tenido tiempo de leer ni estudiar ni de vivir, ensayan todo, lo prueban todo y nadie les opone nada. Los padres se borrarán, como dicen ellos. Cuando alguien les dice que el chico se droga lo niegan. No puede ser. Cuando alguien le recomienda a una madre que se ocupe de saber qué anticonceptivo usa la nena, ella se vuelve indignada y dice: mi hija todavía no. Cuando un maestro llama a la madre o al padre y les dice que el alumno tiene problemas, salen de la escuela hablando mal del maestro. Hemos visto en televisión padres y madres que defienden a los hijos que golpearon a una maestra o que difun-

dieron pornografía en el aula. Tienen miedo a los hijos por eso se hacen sus aliados contra la maestra.

En aquellos tiempos en que los hijos éramos hijo de nuestros padres también había profesores de mal carácter. Eran pocos, como hoy y éramos los alumnos quienes les temíamos. Cuando nos quejábamos en casa, nuestros padres nos decían: "Pórtese bien, no moleste y la señorita lo va a aprobar". Padres y profesores eran aliados en la tarea de educar y asumían la responsabilidad que les cabía en sus respectivos ámbitos.

Hoy un joven siempre tiene razón porque es joven y nadie se atreve a contradecirlo porque se tiene miedo. Lo lamentable es que no tiene razón porque la razón se ejercita con la polémica, voz que deriva del griego **polemos**, que es lucha, confrontación. Se tiene razón frente a alguien que opine distinto y lo expresa. Entonces se piensa y se razona. Pero cuando nadie les dice a los jóvenes que están equivocados, que los derechos hay que ganarlos y que eso lleva tiempo, es imposible que los jóvenes no crean que la razón está de parte de ellos.

Los adolescentes de hoy están huérfanos de padre y madre. Esa carencia se vuelve violencia contra los mayores en la escuela y también en el hogar. No son pocos los casos de hijos que golpean a sus madres. En donde encontrará el muchacho una oposición que le haga pensar si sus ideas son correctas o no, si tiene ante sí, no un padre o una madre sino masas gelatinosas de principios autonegados, de mensajes indecisos, endebles, de argumentos débiles. ¿Dónde encontrar fundamentos a su razón si todo le está permitido?

La droga como escape, el sexo como deporte, la violencia en lugar de la razón, son la cultura que han hecho los adultos. Los adolescentes siguen la cultura de moda, lo que se considera que debe ser y los padres en lugar de reaccionar, tienen miedo de sus hijos, de la culpabilidad de no saber hacerlos felices y caen en la culpabilidad de no saber poner límites. Tampoco los hacen felices.

A los padres de antes no les preocupaba si éramos felices. A ellos les bastaba enseñarnos los valores que a su vez habían heredado de los suyos. Estaban seguros de que eran los mejores. Teníamos un parámetro, el que habíamos aprendido. De ahí estaba en cada uno seguirlos o cambiarlos, juzgarlos buenos o no tan buenos. Sin esa plataforma de lanzamiento de una educación con los padres de modelo es imposible que exista otra conducta que no sea la de la desorientación, el caos, la contradicción y la infelicidad.

No se puede volver atrás en el tiempo. Nos enfrentamos al problema de una juventud desamparada, poderosa externamente e inválida internamente. Las razones de los jóvenes son una pantalla que tratan de ocultar el pánico, la soledad y el vacío. Estos males pueden ser irreparables si los adultos siguen negándose a ser padres, guías y maestros por miedo a ser vistos como antiguos.

**María
Elena
Oddone**

El Tribuno

□ Salta,
20 de noviembre de 1991